



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.131

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península. — Un mes, 2 ptes. — Tres meses, 6 id. — Extranjero. — Tres meses, 11-25 id. — La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes y la correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

SABADO 10 DE AGOSTO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil corso. — co-  
responsables en Paris, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg  
Moumartre, 31.

## ALAMBIQUES

Aparatos para alcoholes de 39 A 40°  
Id. • aguardientes • 24 A 26°  
Id. • anisados.  
Alambiques aguardenteros con co-  
juna y boyo de graduación, serpentín  
y depósito refrigerante.  
Id. completos con baños maría, aros  
de bronce, serpentín y depósito.  
Fabricación esmerada y precios muy  
económicos.  
Prensas, azufradores, y cuanto con-  
ciene a la elaboración de vinos.  
Camilo Pérez Lurbe. — Castellini 12.

## Cómo nos juzgan en Francia.

Le Memorial Diplomatique ha-  
bla de la campaña de Cuba y de la  
movilización de nuestro ejército en  
los siguientes halagüeños términos:

«Las últimas noticias de los su-  
cesos de Cuba dando cuenta de las  
victorias alcanzadas en pocos días  
por las tropas españolas, han des-  
alentado a los abecillas de boule-  
vard, que se dedican a secundar  
entre nosotros los negocios de la  
insurrección.

El combate heroico de Peralejo,  
en que el general Martinez Campos  
ha confirmado una vez más el pres-  
tigio que le rodea, que algunos tra-  
tan de destruir, constituye uno de  
esos gloriosos hechos cuya impor-  
tancia moral excede con mucho a  
los provechos inmediatos.

El espectáculo que ofrece Espa-  
ña en estos instantes es un signo de  
su admirable vitalidad que debe  
afianzarse a tantos otros como la re-  
velan.

Un ejército de 50.000 hombres  
ya está en campaña en Cuba; den-  
tro de un mes aquella cifra se ha-  
brá elevado a 80.000.

Movilización tan considerable,  
llevada a cabo como lo ha sido, sin  
jactancias, sin alardes de vanidad,  
con una exactitud sorprendente y con  
asombrosa resolución, es un hecho  
de que podrían enorgullecerse a  
justo título las más poderosas na-  
ciones.

En cuanto el patriotismo español  
se manifiesta, no hay sacrificio, por  
grande que sea, que pueda detener  
su ímpetu. ¿Hace falta dinero?  
Pues se busca y se halla. En cuan-  
to a los hombres, ya los tiene, re-  
sueltos y decididos a todo.

Se equivocan los que creen que  
la España de hoy no es la de siem-  
pre, la que ocupa tan elevado y  
noble puesto en la Historia.

El país, el gobierno y el ejército,  
animados de sentimientos iguales,  
se han unido para alcanzar el fin  
que persiguen con idéntica abnega-  
ción y con la misma serenidad im-  
perturbable.

La victoria será suya, y como  
amigos leales de España, nos feli-  
citamos desde ahora de que ha de  
ser inmediata y decisiva.

Contrasta este lenguaje con el  
que usan otros periódicos de la mis-  
ma nación y de Inglaterra; pero  
todo lo que esos periódicos puedan  
decir de España no será tan con-  
vincente ni tan expresivo como el  
elogio justo y merecido que hace

de España y de su ejército Le Me-  
morial Diplomatique.

## La bala perdida.

(EPISODIO DE 1809)



«Yo trabajo me co-  
taría decir que  
también yo me ha-  
bía sentido picado  
del patriótico en-  
tusiasmo de que es-  
taban poseídos la  
mayor parte de los  
españoles; pero eso  
sería mentir y no  
hay para qué. No  
porque tuviera mo-  
ros vivo el amor a  
la tierra que me  
vió nacer, ni tan-  
poco porque sim-  
patizara con los

pérfidos invasores, sino porque mi na-  
tural timido y asustadizo hacia com-  
prender a todos lo poco útil que podía  
ser con el arma en la mano, es por lo  
que no me decidí a alistarme en uno  
de los regimientos que a toda prisa se  
formaban, hasta que no había medio de  
escapar a los tan enérgicos como justos  
llamamientos hechos por la Junta Cen-  
tral.

Aun así y todo, la idea de la deser-  
ción no pasó nunca por mi mente, ni  
siquiera por la de mi madre, y así con  
tantos gimoteos por mi parte como por  
la suya, salí de la aldea cuando me  
designaron el puesto que había de  
ocupar.

En esto si que se había dejado todo a  
la suerte. Todas las influencias, que si  
no grandes tampoco eran del todo es-  
casas, con que contaba mi familia, se  
emplearon para que el regimiento en  
que sirviera fuera uno de infantería en  
el que desempeñaba las funciones de  
teniente un tío mío, hermano de mi pa-  
dre, que había hecho la guerra del Ro-  
sellón con el general Ricardos, y que  
estaba tenido en el concepto de sus pa-  
rientes como un hombre que por tan hábil  
y valeroso guerrero como aquellos Gon-  
zales de Córdoba, Antonios de Leiva,  
Bernardos de Alarcón, Alejandro Far-  
nesios y Ambrosios Spínolas, de cuyos  
nombres andan atestadas las historias.

Con verme bajo su amparo y custodia,  
si no por tranquila, por más calmada  
se daba mi madre, y la verdad es que a  
mí no me pesaba tener por jefe a per-  
sona que según mi cuenta, malo había  
de ser que no tratara de ponerme en los  
sitios de menos peligro y más al abrigo  
de aquellas maldiciones bala francesa  
en que yo no podía pensar sin que se me  
puera entre de gallina.

II.

Y la verdad es que por lo pronto no  
creí haberme equivocado del todo. Cu-  
ando me incorporé a mi regimiento,  
que era uno de los que formaban la  
primera división del ejército de Blake,  
mi tío, a quien yo no conocí, a pesar  
del porte un poco rudo que le habían  
hecho contraer los hábitos militares, me  
acogió con muestras de tan fraternal  
carino, me agasajó con tan franca cor-  
dialidad, que por seguro tuve que, en  
lo que de él dependiese, no me expon-  
dría a más peligros, que si de un hijo  
suyo, y no salido aún de la infancia, se  
tratara.

Lo primero que hizo fué reclamarme  
para su compañía y en ella disfruté de  
cuantas holguras permitían lo rudo de  
los tiempos. Libre de una porción de  
servicios mecánicos, reforzado el mez-  
quino equipo que se nos suministraba  
con prendas de su propio uso y hacién-  
dome casi siempre partícipe de las com-  
odidades de su alojamiento y de la abun-  
dancia de su mesa, muchos oficiales, y

no de los de más baja graduación, hu-  
bieran tenido que envidiarme.

Y era lo que yo me decía, y aun es-  
cribía alguna vez a mi madre; si esto  
era cuando solo de mi comodidad se tra-  
taba, cuando llegara el caso de ver ex-  
puesta mi vida, ¿qué yo haría?

Además, ¿yo llevaba más de quince  
días de marchas y contramarchas sin  
que hubiéramos topado con un francés  
ni para un remedio? ¿Pues quién me de-  
cía que no se acabaría la campaña sin  
haber oído un mal disparo, y podría vol-  
ver a mi aldea dándome tantos de héroe  
a tan poca costa?

III

Apesad de tan optimistas convicciones,  
debo confesar que cuando una tarde em-  
pezó a circular el rumor de que tenia-  
mos a los franceses a la vista y que al  
romper del otro día nos empujaríamos  
en una acción de guerra, que según to-  
das las apariencias, habría de ser dura,  
tal desasosiego me entró, tan pálido de-  
bí ponerme que mi tío tuvo que venir  
en mi ayuda, diciéndome con benévola  
sonrisa:

—No hay para qué inmaturarse, mucha-  
cho. Para tí la cosa no será nada.

Estas palabras me sonaron a promesa  
tan tranquilizadora que la calma, si no  
absoluta relativa, volvió a renacer en  
mí.



Sin embargo, cuando aquella noche  
me tocó hacer la centinela en las líneas  
avanzadas, pensando en que en aquellas  
negruras que mis ojos se esforzaban en  
vano en atravesar, se envolvían las fuer-  
zas que al otro día habían de chocar con  
las nuestras, tuve miedo, mucho miedo.  
Tanto tuve, que pareciéndome volver a  
los días de mi infancia, hubiera querido  
tener allí el regazo de mi madre, para  
ocultar en él la cabeza, como cuando  
me despertaba, siendo chiquillo, sobre-  
saltado por el recuerdo de los cuentos  
de brujas ó de fantasmas que había oi-  
do contar durante la velada.

IV

Aunque el toque de diana se anticipó  
tanto que apenas se vislumbraban toda-  
via los primeros albores de la mañana,  
cuando mi regimiento batió marcha, ya  
considerables fuerzas se habían adelan-  
tado al encuentro del enemigo y al mis-  
mo tiempo que la luz algo pálida del día  
nos dejaba ver las líneas francesas, aun-  
que bastante lejos, se oía un sostenido  
fuego de fusilería.

Mientras no se trató más que de ha-  
cerlos formar, no perdí la tranquilidad  
del todo. Mi tío me miraba con una sou-  
risilla tan expresiva, que yo leía en ella  
como en un libro abierto que ya tenía  
el estudiado el modo y manera de tener-  
me en sitio seguro.

Pero cuando nos pusimos en movi-  
miento, cuando cada paso que dábamos  
nos acercaba al verdadero infierno que  
parecía ocultar la espesa nube de humo  
que cerraba el horizonte, comprendí que  
la esperanza iba a abandonarme.

Sin embargo, hubo un momento en  
que me creí salvado. Precisamente a cor-  
ta distancia de un sitio en que hicimos  
el ligero alto, una cortadura formada  
por dos peñas cortadas a pico, ofrecía

asilo tan seguro, que on llegando allí,  
cosa que parecía difícil, la acción, nadie  
hubiera dado con el que en la covacha  
se guareciera.

—Así lo había entendido un aldeano,  
que sin duda sorprendido por el movi-  
miento de los dos ejércitos, cuando huía  
del pueblo cercano, temblando de mie-  
do había buscado refugio, pero seguro  
asilo, en la quebrada.

La replicante mirada que dirigí a mi  
tío, era tan expresiva que no me cabe  
duda que me entendió; pero cuando yo  
creí que iba a acercarse a mí para sa-  
carme de la fila, con voz ronca gritó:

—¡Adelante! ¡Marchen! ¡Paso de ata-  
que!

Y como mediante aquella orden sólo  
taríamos algunos minutos en poner-  
nos a tiro de bala de los franceses, como  
única recomendación nos gritó:

—¡Vista al frente! ¡Al que baje la ca-  
baza se la rebano a cercen!

Aquello rezaba sólo con los bisños;  
los soldados viejos ya sabían lo que les  
tocaba hacer.



Lo que pasó después no lo sé. No pue-  
do decir más si no que al principio veía  
caer los hombres que tenía a mi lado  
como árboles jóvenes que el labrador  
corta por el pie. Después sólo recuerdo  
que me dolían los dientes de morder  
cartuchos, y el dedo de apretar el pie de  
gato de mi fusil.

De la parte estratégica del batallón,  
no entendí entonces una palabra. Hoy  
mis recuerdos me hacen sospechar que  
nuestra misión debió limitarse a recha-  
zar al enemigo sin perder nuestras po-  
siciones; pero sin decidido empeño de ocu-  
par las suyas.

Esto lo deduzco porque cuando ya  
casi al oscurecer cesó el fuego, nos en-  
contráramos precisamente en el lugar  
mismo en que por la mañana se nos des-  
plegó en guerrilla, empleando sólo es-  
casísima fuerza de otros cuerpos en hos-  
tilizar en su retirada al francés.

La confirmación de este supuesto, es  
que la orden que recibimos después, fué

la de replegarnos a los alojamientos de  
la víspera.

Por cierto que cuando lo efectuába-  
mos, al pasar por la quebradura en que  
pensé hallar seguro asilo, no pude me-  
nos de tender mi mirada al que yo había  
tenido por único y perdido oasis en el  
desierto de mis angustias. En él lo pri-  
mero que vi fué al mismo aldeano, que  
atravesado el cráneo de un tiro, yacía  
inerte sobre un charco de sangre.

—Lo ves? Una bala perdida. Esas son  
las que hay que temer—se limitó a de-  
cirme mi tío, que, como yo, no había  
dejado de dirigir la vista a aquel sitio.

Más tarde, cuando en su alojamiento  
reparábamos nuestras fuerzas con no  
muy suculenta cena, expandiendo larga-  
mente su idea acabó por decir:



—De las balas perdidas son de las que  
hay que huir; sábelo para siempre; y eso  
no se consigue más que haciendo cara  
a las que creen venir derechos y son las  
que menos daño hacen.

Yo me sé al por entonces me di por  
convencido; pero lo que sí puedo ase-  
gurar es que aunque más de una vez  
sentí agujereada la piel, hice toda la  
campaña no ya por fuerza, sino con sa-  
tisfacción y contento y allí gané grados  
que no me hubiera atrevido a soñar.

Es más, hoy que a fuerza de años, ni  
llevarme quieren estas fementidas pier-  
nas; sé que de tener un poco más de vi-  
gor, todavía, si la ocasión se terciara,  
no habría de buscar escondrijos ni ma-  
drigueras.

Pero no se crea que a esto le llamo  
yo valor. Es que recordando todavía  
las advertencias de mi tío, el tenteniente  
del año 9, tengo un miedo horrible a las  
balas perdidas.

ANGEL R. CHAVES.

(Prohibida la reproducción.)

## Desde la Habana

Señor Director de EL ECO DE CARTA-  
GENA.

Habana 23 Julio 1895.

Mi estimado amigo: Se reciben deta-

ÚLTIMA SEMANA  
DE VENTA

LA PERLA  
GRAN JOYERÍA  
ESTABLECIDA DURANTE LOS DIAS DE FERIA  
FONDA FRANCESA. CUARTO NÚM. 10. PRAL.

ÚLTIMA  
SEMANA DE VENTA

HORAS DE DESPACHO: DE 8 A 3 Y DE 5 1/2 A 8 1/2